

Barómetro

Los trabajos y los días de la izquierda: aproximaciones sucesivas

Rolando Cordera Campos (Para Adolfo Sánchez Rebolledo)

Entre el 23 y el 25 de octubre, el grupo de trabajo de Estado y Política del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) realizó en la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco un seminario sobre “Las izquierdas latinoamericanas en el gobierno: entre la social democracia y el nacionalismo popular, Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, México, Uruguay y Venezuela”. Lo que sigue es una versión de mi presentación en ese estimulante convivio, al que me invitaron Esperanza Palma y Jorge Lanzaro.

Después del diluvio

México vive hoy la secuela de una magna y amarga contradicción política nacional que no ha encontrado una adecuada solución de continuidad. Por eso, y porque lo que se puso a la vista de todos fue un abismo de desigualdad y enojo popular que las ilusiones del cambio instantáneo y de la alternancia habían imaginado mantener bajo suelo, es importante reflexionar sobre la izquierda y sus perspectivas. Se trata de una reflexión que ha dejado de ser mera preocupación académica rutinaria para volverse asignatura cultural y política primordial.

Sin una delimitación de las perspectivas de la izquierda mexicana, los esfuerzos de adecuación o reforma del marco institucional de la política democrática que ahora todos o casi todos reconocen como una necesidad imperiosa, pronto caerán en la especulación en solitario, cuando no en otra peligrosa fuga hacia adelante de los grupos gobernantes y sus aliados, cuyo supuesto maestro sería, de nuevo, el desgaste de la movilización popular y la consecuente caída en el aislamiento minoritario de su liderazgo, encabezado por la izquierda política cuyo abanderado ha sido y es Andrés Manuel López Obrador.

Como se sabe, la región latinoamericana vive un nuevo “ciclo de las izquierdas”, que se produce en el contexto de la “tercera ola” de democratización y, también, de una acelerada globalización de sus economías y reflejos culturales, a la que sus elites tradicionales y recién llegadas recibieron con un notable “sentido de pertenencia”, como le llamó José Antonio Ocampo. Si vamos o no a una “inflexión post-liberal”, como lo sugiere Jorge Lanzaro, es algo que tendría que precisarse en el tiempo, pero lo que ya es claro es que en su conjunto la región vive un momento de malestar *en* la democracia que, como ha advertido el PNUD, corre el peligro de precipitarse en un malestar *con* la democracia, debido al mal desempeño económico y el mantenimiento de una desigualdad aguda que articula enormes cuotas de pobreza de masas que ahora se ha deslizado a las ciudades grandes y medias, el *locus* clásico de la democracia moderna.

Desigualdad y democracia, así, forman una pareja feroz, configuran los prolegómenos de algo más que una “guerra de las imágenes” y nos refieren a aquellos momentos clásicos en los que también al calor de un gran cambio de época en la economía y la política, aquel del surgimiento del capitalismo pero también de las grandes revoluciones (1776, 1789), asomó su nariz y dejó oír su voz lo que sería identificado como la izquierda que pronto se asociaría a los diversos programas de reforma social o revolución comunista.

Por su utilidad e interés, por su novedad, es útil revisar con detalle y perspectiva las experiencias actuales de los gobiernos progresistas o de izquierda de la región. Es probable que en ellas encontremos un primer mapa de las restricciones y posibilidades, lo que se ha hecho y dejado de hacer, para darle actualidad al pensamiento y a la idea de la izquierda. Sin embargo, no sobra intentar hoy una excursión por los territorios de las exigencias generales que la izquierda contemporánea ha de cubrir para volverse no sólo fuerza de gobierno sino también de transformación histórica. En México y en el mundo

Renunciar a sus señas de identidad ha sido un consejo permanente para las izquierdas en o rumbo al gobierno. ¡Cómo se ha clamado en estos meses post dos de julio por una izquierda moderna! Que en primer término jure fidelidad al orden institucional establecido. Se confunde en este llamado oposición leal con fe en y sumisión ante el poder, pero es indudable que el discurso de la izquierda sobre la legalidad, el derecho y las instituciones no ha dado el salto necesario que le de coherencia a su compromiso democrático con su vocación transformadora.

Sin embargo, de confundir actualización y revisión con renuncia a sus señas de origen, la gestión del Estado pierde la especificidad que la izquierda promete y a la que se compromete, no tarda en llegar la frustración de la esperanza y en sobrevenir los signos de depresión que anuncian nuevos y tal vez más graves episodios de erosión del orden democrático o, de plano, de anomia generalizada.

Combinar pragmatismo con visión de futuro y construcción ética, es una tarea que la izquierda no puede eludir y que sólo puede situar en el tiempo como despliegue gradual, evolutivo, si cuenta con un programa de ese corte, es decir, de transformación estructural y de reforma intelectual y moral. Cometido gigantesco, en este tiempo en el que so pretexto de la globalización del mundo y del triunfo inconmovible de la democracia liberal todos los gatos se han vuelto pardos y las elites se fugan y celebran el fin de sus diferencias.

Este triunfo del “género próximo” como absoluto, proclamado por el globalismo, es uno de los grandes disolventes de cualquier proyecto de la izquierda, porque la lleva a confundir cosmopolitismo con fin de la historia y globalidad con la desaparición de las peculiaridades y las historias nacionales que han dado lugar a la emergencia y el desarrollo de los Estados, el hábitat por excelencia de la izquierda reformadora y socialista. Sin pretender dar aquí un curso sistemático a estas ideas, pienso que se puede sugerir planos de discusión propicios para una evaluación más sistemática de lo que las izquierdas han hecho y hacen, así como de lo que pueden hacer en un horizonte dominado por la incertidumbre global y la inexistencia de un efectivo nuevo orden mundial, que pueda sustituir el esquema bipolar y darle algún sentido al vuelco mundial que se volvió vértigo precisamente a partir del desplome del polo que articulaba el comunismo soviético.

Las señas de identidad a que aludí y que pienso como auténticos cimientos de la acción política e intelectual de las izquierdas son la pasión por la igualdad, como la llamara Borrell, la solidaridad como eje de la cooperación social y guía de las intervenciones y políticas del Estado, y un escepticismo relativo, a la vez que razonado y razonable, del mercado. Igualdad, solidaridad y convicción de que es factible darle racionalidad al

intercambio entre los individuos a través de la acción pública, del Estado y de las instituciones, forman un triángulo maestro para acercarnos al tema del programa y del proyecto, así como al más inmediato y terrenal, que no sectorial o de coyuntura, de la agenda para el desarrollo económico y social en la globalización, en busca de opciones que sean capaces de ofrecer la construcción de alternativas viables a la que hoy impone como camino único la visión neo liberal .

Si la izquierda no se propone al menos como problema este cuadrante, renuncia a su raigambre de fuerza política que ambiciona cambios civilizatorios orientados a ampliar la libertad humana. Y es esta ambición la que la ha singularizado a lo largo de la historia de la modernidad.

Quizás sirva ser todavía más explícito respecto de mi punto de partida, que en realidad es el horizonte de una reflexión titubeante. Uso para ello, a Alfonso Guerra, ex vicepresidente del gobierno socialista español, que en su segundo tomo de memorias nos dice: “Nunca acepté de buen grado que la política socialdemócrata del gobierno tuviese el contraste deslegitimador del discurso liberal. Los esfuerzos por construir una sociedad mas igualitaria, mas humana, se veían arruinados por discursos de exaltación de los mecanismos mas depredadores del sistema capitalista.

“Si gracias a la colaboración sindical ha habido una contención salarial que recuerda la Ley de Bronce de Ricardo, tal vez había llegado la hora de formular una ley de bronce de los beneficios de las empresas”

“La crisis del socialismo democrático y de la socialdemocracia nunca fue una crisis de identidad, sino una crisis de adaptación a una nueva realidad social, económica, tecnológica y cultural. El socialismo no ha sufrido una crisis de identidad, porque el socialismo ha sido, es y será una opción política que persigue plasmar en la sociedad el mayor grado de libertad para que toda persona pueda desarrollarse. Esa libertad para todos hay que conseguirla mediante un cambio social que suprima todas las desventajas de partida que impiden a una mayoría acceder a esa situación de libertad. Y para organizar ese cambio social es imprescindible la solidaridad y la cooperación como motor del progreso social.\

“En otras palabras, el socialismo se fundamenta en los grandes valores básicos de nuestra civilización –la triada de libertad, igualdad y fraternidad- pero les da un contenido específico que le distingue de otras opciones políticas. A ello hay que añadir que el socialismo, basado en esos valores éticos, que son la utopía que quiere plasmar en la sociedad, se plantea la cuestión medular, el cambio social, a través de métodos democráticos y con una filosofía racional de acción política. Este conjunto de valores configura la identidad del socialismo democrático frente a liberales, democristiano, comunistas y cualquiera otra opción.

“El problema que se le ha planteado al socialismo a lo largo de los años ochenta no ha sido, por lo tanto, encontrar nuevos valores básicos para guiar su proyecto, sino determinar qué tipo de cambio social viene demandado por una sociedad nueva como la que ahora está surgiendo”.

Quisiera ilustrar estas proposiciones tentativas con una revisión de la experiencia mexicana reciente.

La izquierda mexicana: algunas primeras lecciones de la lucha por el poder

Para esta nota dejo a un lado la discusión ontológica puesta de nuevo de moda por los temores al populismo, sobre qué y quiénes son en verdad de izquierda. Sin explorarlo, parto de un punto elemental: son de izquierda lo que así se definen e imaginan. Partidos, personas, grupos epistémicos, iniciativas desde y para la sociedad civil que se vean a sí mismos como de izquierda, lo son para los fines de esta comunicación.

De la izquierda de que se habla aquí es de la que hay, de la que emerge a partir de las grandes movilizaciones del 2005 contra el desafuero y de la que puede proyectarse de las portentosas jornadas de masas del 2006. Se piensa también a la izquierda frente a la aguda y vasta problemática no resuelta que sintetizaron el 2 de julio y su secuela: un país con una economía globalizada pero sin crecimiento aceptable; una sociedad fracturada por la concentración y la pobreza y ahora enfrentada políticamente; una estructura socio-económica inserta en la globalidad pero incapaz de aprovechar con dinamismo sus aperturas; sometido al trialismo estructural que impone como fatalidad la reproducción de la heterogeneidad, la informalidad laboral y la pobreza. Un fin de régimen sin puerto de arribo, un naufragio poblado de ilusiones.

El PRD es el partido principal de la izquierda política mexicana, pero no es la única formación política o social que se inspira en el discurso clásico e internacional de la izquierda. Su combinación de principios y programa hace del PRD una formación híbrida a la que confluyen diferentes tradiciones que, sin embargo, fueron a todo lo largo del siglo pasado afluentes indiscutibles y legítimos de la izquierda mexicana: nacionalistas variopintos, cardenistas de dos generaciones (la del General y la de Cuauhtémoc); activistas y egresados de varias generaciones del movimiento urbano popular; sindicalistas, organizadores agrarios y de productores rurales; populistas más o menos confesos y cristianos y católicos de los flancos comprometidos con los pobres; etc., se dan cita en sus filas con ex-guerrilleros que a regañadientes y no, aceptan la regla democrático-representativa y se comprometen con las del pluralismo constitucional y, en lo fundamental, con las que ordenan el pensamiento y la acción republicanos.

Si lo hacen mal o bien, están o no a la altura de estos compromisos primordiales, es algo siempre bajo escrutinio, pero puede decirse que en su mayoría los miembros del PRD han dejado atrás aquella superchería de que “todos los medios de lucha son legítimos”. Sin embargo, es preciso admitir que se trata de unos tópicos que siempre están sobre su mesa, nunca resueltos del todo ni de antemano, como ocurre con otras formaciones políticas en temas de fondo que tienen que ver con los difíciles equilibrios entre creencias, convicciones ideológicas, experiencias personales o colectivas y el ejercicio del derecho político democrático, que tiene su obligada contrapartida en la obligación de respetar la ley y en el compromiso de cambiarla sólo por las vías previstas por la Constitución.

El respeto a la ley en un país donde su violación fue uno de los ejes de la acción del Estado a todo lo largo de su era autoritaria, implica una encrucijada cultural y no sólo institucional o política. Su superación debe encararse progresivamente porque implica una pedagogía que lleva tiempo y esfuerzo colectivo, que no depende sólo de la voluntad inmediata de los actores políticos involucrados. Depende también de lo que ocurra con el resto de los participantes en el sistema que ha emergido del cambio

político, como los empresarios y sus cúpulas y, sin duda, de la conducta del gobierno y de los otros órganos del Estado que resienten dicho cambio y sus difusas perspectivas. Sin embargo, y contra lo que insisten en presentar como cosa juzgada un institucionalismo elemental y un liberalismo vuelto a nacer, la izquierda pasó las pruebas primarias de una legalidad político electoral que no estuvo a la altura del conflicto desatado por la lucha por el poder presidencial. No puede decirse lo mismo del desempeño de los poderes del Estado, en especial del Ejecutivo y el judicial, y tampoco de lo que hizo y dejó de hacer el Instituto Federal Electoral, en particular su Consejo General.

Son muchos los incidentes que permiten afirmar que la irregularidad y el poco respeto por la legalidad estuvieron en el flanco derecho de la política, en el gobierno y su partido y sus aliados. La resolución del Tribunal Electoral de no darle a estas violaciones el peso que tienen no debería impedir, como ha escrito recientemente Adolfo Sánchez Rebolledo, “la valoración política de un problema real, cuyo lugar no puede ser el tapete bajo el cual se esconde toda la basura del conflicto postelectoral. La noción de que Andrés Manuel López Obrador era – y es—un riesgo para la convivencia civilizada introdujo un dardo envenenado en la vida pública, distorsionó la visión del enfrentamiento político entre izquierda y derecha, como si en verdad se tratara de una guerra donde sólo la segunda podía ganar con legitimidad...(Junto con el desafuero), éste es el mayor saldo negativo de un gobierno decepcionante: quedará para la historia el hecho de que las famosas reglas del juego, a las que se suele aludir con respeto bíblico para desmentir el fraude denunciado por López Obrador, no fueron rigurosamente cumplidas por el jefe del Estado, cuya irresponsable actitud puso en tela de juicio la norma de oro de la transición, a saber: la no intervención del Estado en el curso de los procesos electorales, la desviación y el uso de la ley para dañar a un adversario político” Rescatar y actualizar la convicción de la izquierda surgida de la Ilustración, de que la pobreza y la desigualdad no son mandatos de ley natural o biológica alguna, mucho menos designio divino, resume otro de los grandes retos que la izquierda enfrentó en esta coyuntura electoral pero que se puede extender a los que en otros lados encara ya en el gobierno. Ilustra la importancia de contar con un programa que defina pautas, secuencias, alcances, a partir de los cuales una izquierda gobernante tendría que precisar sus alianzas y coaliciones, y una izquierda en la oposición construir su ruta para alcanzar el poder en la siguiente ronda.

Cómo aguantar la andanada inevitable de una derrota, habida cuenta del encono inaudito propiciado por la derecha, pasa por esta construcción progresiva de alianzas basadas en un programa que tendría que encontrar un soporte cotidiano en la acción parlamentaria, que ahora quiere articularse con el Frente Amplio Progresista. En cualquier hipótesis, el programa es lo que puede darle a la intervención parlamentaria de la izquierda cohesión y mirada de medio y largo plazo. Sin ella, no hay futuro, porque no hay sendero que recorrer.

La izquierda tiene que hacerse cargo de tareas nacionales no resueltas y agravadas por la forma en que se dio la inserción del país en la globalización. Estas tareas nacionales fueron vistas muchas veces como temas que no eran de la incumbencia de la izquierda o, por contra, como asuntos cuya resolución abriría sin más las puertas para una

transformación total. Asumirlos con una mirada evolutiva y compleja, no como etapas que puedan soslayarse ni como asignaturas que deben cursarse en serie, es un desafío mayúsculo que, de nuevo, sólo puede encararse desde un programa. En la actualidad, el primero y más urgente de estos temas es el del crecimiento económico.

La izquierda de estos años tiene que ser desarrollista, porque sin un crecimiento alto y sostenido no hay perspectiva para una sociedad hundida en la pobreza y la desigualdad. Tampoco la hay para una izquierda democrática .

La diferencia específica de la izquierda no es el compromiso democrático, que corresponde a todos, aunque la defensa de la democracia sea para la izquierda una condición de existencia indiscutible. Para la derecha lo es la defensa y el avance de sus privilegio. Lo que se tiene enfrente, es un compromiso mayor: construir una equidad robusta, que no sea soslayada ni dejada a un lado una y otra vez con el pretexto de que lo que urge enfrentar es el panorama ignominioso de la pobreza de masas, extrema y duradera. Para la izquierda no debería haber equívocos: no hay superación efectiva de la pobreza si no se ataca de frente la desigualdad, no sólo en accesos u oportunidades sino en riqueza e ingresos. No habrá tampoco democracia productiva y eficaz, que no contemple explícitamente a la desigualdad como una amenaza central a su duración y reproducción.

Demostrar esta centralidad “negativa” de la desigualdad para el desarrollo democrático es una misión de la izquierda; las tareas de la derecha y de sus aliados liberales ha sido la de soslayar dicha centralidad.

De aquí una tercera tarea de la izquierda de hoy: recuperar el sentido del Estado, como una condición sin la cual su reforma no puede concretarse en un diseño y unos acuerdos que involucren a todos los actores políticos y sociales sustantivos. De lo que se trata es de devolverle al Estado una centralidad que la reforma neo liberal le quitó, pero que el verbo democrático de muchos, la izquierda incluida, contribuyó por omisión o confusión a legitimar.

La izquierda moderna tiene que ser cosmopolita y empeñar sus esfuerzos intelectuales y políticos en la creación de formas y métodos que le permitan al país apropiarse de la globalización. No hay lugar para el retraimiento o el aislamiento del cambio del mundo que impetuoso a todos sitia. Pero para darle a este cosmopolitismo sentido y contenido, la izquierda tiene que ser popular y nacional, al asumir con firmeza que no hay recetas únicas para el desarrollo, y que la equidad solo puede alcanzarse con el concurso activo de unas mayorías plebeyas que rechazan la pretensión oligárquica que buscó el desafuero así como imponer por la vía del hecho un régimen bipartidista. Pero a la vez, la izquierda tiene que reconocer que estas mayorías ni están a disposición de nadie ni como el león de Octavio Paz se “preparan para saltar”; más bien, han reclamado y reclaman una seguridad social y una estabilidad económica que no se disocie del crecimiento, la redistribución y de la democracia.

Una fórmula político-económica que renueve la conversación entre acumulación y distribución, perdida en la transición globalizadora y soslayada por los actores de la transición democrática, es una de las asignaturas pendientes más urgentes de cursar por parte de la izquierda.

La izquierda en perspectiva histórica

Al calor de la disputa por la presidencia de la República, de nuevo se inventó una izquierda al borde del desborde, esta vez populista. El vocablo se ha vuelto arroz de todos los moles, enemigo malo de los buenos, fantasma para gobernantes y empresarios, políticos de todos los colores, para prefectos y prefectas de todas las presunciones. Hasta la historia se revisa con tal de asociar a la izquierda con este monstruo que no deja dormir a las almas puras renacidas liberales y demócratas con la alternancia.

Lo que en esta andanada se olvida, o se finge no recordar, es que si alguien pagó los excesos del nacionalismo post revolucionario, de las paranoias del Estado autoritario siempre enrollado en la enseña patria, fue la izquierda mexicana, nunca liberada ella misma de sus propios, nefastos, fantasmas engendrados por los sueños totalitarios y finalistas del estalinismo.

Ilusa o no, siempre a la espera del gran final revolucionario que portaba su propia versión del fin de la historia, la izquierda mexicana fue, sin embargo, una abanderada denodada del reclamo democrático, del respeto a la Constitución, de la implantación en México de un régimen de auténticos derechos civiles, que le dieran credibilidad y condición de posibilidad a la promesa siempre incumplida de los derechos sociales heredados de la Revolución Mexicana.

La izquierda mexicana viene de la hegemonía nacional-popular que adquirió su formato propio en los años treinta del siglo XX con las reformas estructurales de aliento popular y nacional del presidente Cárdenas. Este formato nunca fue democrático sino político-corporativo, como lo llamara Arnaldo Córdova y progresivamente autoritario. Sin embargo, el movimiento de masas organizadas y subordinadas al Estado mediante correas de negociación y cooptación, le impone a la izquierda socialista o democrática cauces estrechos cuando no diques a su evolución como fuerza política autónoma. La represión cierra el candado del régimen presidencialista autoritario.

Frente a este esquema de dominación que forma todo un régimen, la izquierda responde siempre con lenguaje constitucional: de reclamo de derechos cívicos y políticos y de crítica al Estado por violar su propia legalidad. Junto con esta crítica y reclamo se da un examen de la economía política que surge con la industrialización dirigida por el Estado, pero no se construye un discurso alternativo en torno a la cuestión social o la forma de desarrollo.

Así ocurrió en los años posteriores a la terrible derrota obrera de fines de los años cincuenta del siglo XX, con el MLN inspirado por el general Cárdenas, y así fue en el lustro duro después del dos de octubre. En ambos periodos, la izquierda tuvo que contar con la diaria presencia de la arbitrariedad jurídica encarnada en la prisión ilegal de sus dirigentes. En perspectiva, este encarcelamiento no sólo estaba dirigido a las personas concretas, a Vallejo y Campa, a Siqueiros, a Raúl Álvarez, Gilberto Guevara o Eduardo Valle; se buscaba y se logró por un buen tiempo, poner tras los barrotes a un pensamiento y un compromiso, a una ilusión si así se le quiere ver, con un país más libre y democrático y, a través de ello, también más justo.

La izquierda que se forjó a partir del 68 no se liberó bien a bien de ese encierro impuesto por el Estado y no pudo nutrirse a satisfacción de las enseñanzas de esa historia de la que fue protagonista principal. Tampoco pudo asimilar la gran caída del comunismo y a partir de ella darse otros horizontes históricos y otras claves y códigos para su entendimiento con el resto de la sociedad, que cambiaba con celeridad y buscaba cauces de maduración que la izquierda podía haber ayudado a construir.

Con el 68, además, arranca una serie de rupturas, evoluciones y negaciones, que derivan en la lucha armada a la que el Estado enfrenta con la guerra sucia. La izquierda no ajusta cuentas a cabalidad con la violencia que proclaman los grupos armados, entre otras cosas porque impera la violencia ilegal del Estado y porque las heridas del 68 y del 71 se mantienen abiertas. Y sin embargo, la izquierda se aferra al reclamo constitucional y opta por la organización social, con un discurso nacional-popular.

Desde el nacionalismo revolucionario más o menos asumido como matriz discursiva principal, la izquierda demanda democracia política y en las organizaciones de masas, en especial en los sindicatos. En este contexto, la izquierda forma filas en lo que luego sería la movilización política y social más intensa de los últimos años del siglo XX. Al comenzar los setentas, hizo sus primeros ensayos de organización política y acción social a la luz del día, acosada por el autoritarismo y el corporativismo adocenado pero sin caer en la tentación de la ruptura y la lucha armada, que las fantasías revolucionarias de algunos se empeñaban en presentar todavía como una “forma más de lucha”.

Fueron años de prueba frente a una arbitrariedad estatal que quería renovarse con magras aperturas y negociaciones de ocasión, pero que no cedía un ápice en materia de democratización. Fueron los tiempos de la Tendencia Democrática de los electricistas, del PMT, del sindicalismo universitario y de los telefonistas, así como de un movimiento campesino que buscaba ir más allá de la reivindicación agraria. Nunca se negaron sus contingentes a la negociación y el trato directo con el gobierno, pero salvo en casos minúsculos de agrupaciones volcadas al oportunismo más rastacuero, la izquierda nunca apoyó a Echeverría o buscó fraguar con él una alianza nacional que recordara el populismo latinoamericano.

Es también el terreno de las movilizaciones que resume el Movimiento Urbano Popular, el cual recoge las nuevas contradicciones de una forma de desarrollo capitalista que no cambiaba en sintonía con los vuelcos del mundo y entra en una progresiva declinación de su dinámica económica y capacidad de inclusión social. El empleo formal inicia aquí su caída y la informalidad se torna nueva forma de vida y supervivencia en las ciudades. Con las crisis del mecanismo político-económico articulado por la presidencia autoritaria (1974-76; 1982-86), se abre paso un reclamo democrático que tienden a hegemonizar los empresarios y el PAN, ante la erosión ideológica y política de las fuerzas de la coalición nacional revolucionaria. La izquierda forma filas en este nuevo reclamo, pero no hace valer su papel pionero (el 68) y no lleva a cabo una revisión rigurosa de sus propias coordenadas ideológicas. Tampoco registra a tiempo la irrupción de las fuerzas globalizadoras que las crisis mundiales de los 70's habían hecho surgir. (Petróleo; el ajuste americano de Paúl Volcker; la stagflation).

En 1982, con la nacionalización bancaria, se rompe la “regla de oro” del sistema presidencialista heredado de la Revolución: la capacidad de decisión de última instancia del presidente de la República, tanto en lo político como en lo económico es cuestionado sostenidamente y la recuperación de la confianza de los actores del sistema, en particular de los empresarios, es obstruida por el estancamiento económico y las crisis monetarias, y en todo caso no da lugar a la recomposición de la hegemonía de la coalición gobernante desde los años treinta.

En este contexto, la izquierda encabeza la movilización política y social más profunda que marca el fin del siglo y también del ciclo revolucionario mexicano.

Junto con los cismáticos del PRI, que encabezaban Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, y postulaban la posibilidad de una renovación del nacionalismo cardenista, la izquierda conformó a partir de 1987 un movimiento nacional que cimbró las formas de dominación autoritarias y le impuso al Estado la aceleración de la reforma política iniciada por Reyes Heróles años antes. Los noventa fueron los años del cambio político hacia la democracia y en ellos la izquierda organizada ya en un partido político grande fue participante estelar de la arquitectura de dicho cambio. Para bien y para mal.

El gran encuentro de 1988 es sucedido por un doloroso recuento de su realidad organizativa y de la precariedad de su discurso. Por desgracia, este recuento estratégico no se concluye. Se trata de otra gran asignatura pendiente de una fuerza cuya pulsión transformadora no tiene correspondencia en su verbo y poca con su retórica.

En los hechos y frente a la crisis política de 1988, desde el Estado se explora una alianza PRI-PAN que prefigura la coalición de centro-derecha hoy en formación. Se abre así un espacio de reacomodos que propicia la implantación inconsulta de la fórmula neoliberal sostenida por las raquíticas reservas de dominio y control del Estado nacional-revolucionario.

Sin discurso globalizador alternativo y sin un proyecto renovado para una cuestión social que se agrava por las dislocaciones del cambio estructural, la izquierda tiende a reducirse a un papel testimonial, pero la brecha política abierta en el 88 no se cierra sino se amplía y por ella entran los votos crecientes de las comunidades más afectadas y resentidas por el cambio estructural para la globalización.

Con la crisis de 1994-1995, la izquierda retoma sus potencialidades de fuerza política gobernante; gana el gobierno de la capital de la república y avanza más o menos sostenidamente en diputados, senadores, gobernadores. El PRI sigue su desgrane y alimenta al PRD en las regiones.

El PAN, en concierto con el presidente Zedillo, entra al rescate de la débil hegemonía neoliberal pero el PRD conserva sus ganancias principales. La quiebra de la alternancia del presidente Fox como forma efectiva de transición a un nuevo régimen político-económico, sienta las bases de una recomposición política mayor. A ello coadyuva el empeño ilegal, excluyente y hasta represivo, con el que se quiso en 2005 hacer un ajuste político que enmendase la caída económico-social. Pero con el desafuero sólo se logra impulsar las corrientes de fondo de un movimiento político-popular portentoso, continuación a la vez que reedición de las movilizaciones del 88. Es el momento de Andrés Manuel López Obrador.

AMLO mantiene en su discurso, el código republicano y la clave constitucional que busca reforzar con una recuperación juarista para la política y el servicio público. Desde estas referencias intenta asimismo reactualizar la herencia nacional-popular así como asumir la globalización del país ya irreversible con una perspectiva de moderación conservadora en el plano económico.

Esta moderación se compensaría con incursiones cautelosas en la cuestión social, que sin embargo van más allá de la política social impuesta por el credo neoliberal. Las pensiones universales para los adultos mayores y el esfuerzo por universalizar los servicios de salud por vía no contributiva sino de impuestos generales, no desequilibran las finanzas públicas de la capital, pero provocan una reacción desafortunada en el gobierno federal, el PAN y muchos sectores empresariales y del propio PRI.

El fantasma del populismo, alimentado por intelectuales liberales y otros presuntos cosmopolitas, y auxiliado por análisis simplificadores provenientes de la izquierda española, se vuelve el eje articulador de una agresiva campaña de la derecha que usa el temor para encapsular a capas medias urbanas profesionales y de medianos y pequeños empresarios. El discurso de “por el bien de todos primero los pobres”, es traducido en los medios como pobrismo y exclusión de los demás y la izquierda no es capaz de dar la batalla por las clases medias, que se auto excluyen, optan por la fuga y la abstención, o mistifican la democracia so capa de defender unas instituciones cuyos alcances y eficacia nadie había en realidad examinado críticamente. El campo para la imposición y la manipulación política y electoral se despeja y en él se inserta un proyecto de coalición gobernante de centro-derecha y con evidente tufo oligárquico.

De esta saga emergen las complejidades y dificultades actuales de la izquierda. Sin haber madurado como partido moderno y sin haber ajustado cuentas con su memoria y sus reflejos conceptuales y teóricos, la elaboración estratégica de la izquierda no ha tenido la consistencia requerida y su conducta como partido histórico ha oscilado; tampoco se ha mostrado eficaz para encontrar formas nuevas de articulación entre las fuerzas sociales y el discurso político renovador y progresista, como logró hacerlo en 1987 y 1988 y buscaron hacerlo antes Rafael Galván o Heberto Castillo, entre otros. Hasta que llegaron las agresiones gubernamentales y empresariales del 05 y la gran jornada político-popular del 2006 y el país y su izquierda entraron en otra, tan alentadora como ominosa, coyuntura de su evolución política.

Como se dijo al principio de esta comunicación, el orden democrático que México requiere depende en gran medida de lo que pase con la izquierda y sus destrezas discursivas y organizativas para forjar opciones al orden jurídico y político cuando este orden se muestra injusto o incapaz de incluir eficientemente al conjunto de la sociedad, de modular el cambio económico y social o de encauzar el conflicto a través de mediaciones institucionales adecuadas y de mecanismos eficaces de protección y compensación sociales. El Estado y su maltrecho orden han dado pruebas suficientes de que esto es lo que ocurre en México. De aquí la importancia fundamental de la izquierda. Para ser una fuerza de (re) construcción del orden, ahora democrático, la izquierda no puede renunciar a la crítica de la ley y la política; mucho menos a la movilización popular y el impulso a la organización social. En ello se juega la suerte de la superación de la

pobreza y la reducción sostenida y duradera de la desigualdad, de las que depende la suerte misma de la democracia liberal alcanzada.

A estas tareas estaba dirigida la propuesta reformadora de López Obrador y su despliegue es lo que puede dar actualidad y pertinencia a la política democrática de la izquierda.

Tratar de identificar estas tareas con un populismo nunca bien definido ni estudiado, es una infamia política y un despropósito intelectual. Tratar de despojar a la política democrática de la izquierda de sus vínculos con la movilización y la acción colectivas, es buscar desnaturalizarla e impedir que madure y se consolide como referencia nacional de masas y poder constituido. Es tratar de cercenarle un brazo a una república que en realidad todavía no nace.

San Pedro Mártir, D.F. 30/10/06